

Enemigos íntimos

Lance Armstrong y Alberto Contador aprenden a convivir en un equipo ciclista de Kazajistán

Por PABLO MELIÁN

Un chándal, una gorra bien calada y la pulsera amarilla de su fundación para luchar contra el cáncer. Lance Armstrong (Texas, 1971) sale del hotel Las Madrigueras, en el sur de Tenerife, para dirigirse hacia su reencuentro con el mundo. Al otro lado del campo de golf de Las Américas le esperan 150 periodistas. Le secunda su corte: Johan Bruyneel, su amigo y de nuevo su director, una fotógrafa y un cámara. Graban un documental, el *cómo se hizo* de su regreso. Puro espectáculo. El *universo Armstrong* apretado en un cochecito de golf.

Dos horas antes aterriza en Los Rodeos un avión procedente de Madrid. Alberto Contador (Pinto, 1982) sale solo del aeropuerto y espera que un empleado del equipo lo recoja para llevarlo a la rueda de prensa. Habla por el móvil con su novia, Macarena, para decirle que ha llegado bien. Pasa desapercibido. Ahora es él, el chico que Armstrong recomendó cuando se retiraba en 2005, quien ha tenido que interrumpir la concentración para viajar a recoger un premio. Ganar Tour, Giro y Vuelta en 15 meses es lo que tiene.

Los siete tours consecutivos del norteamericano se han unido al *grand slam* del español en un equipo kazajo cuyo nombre es Astaná, la capital del país. Dos gallos en un insólito corral y un hombre ante un dilema. A Johan Bruyneel, el afortunado director, le piden hasta la saciedad que se decante. ¿A qué hijo quiere más? A Armstrong, el hombre que le convirtió en un director de referencia. O a Contador, su mimada obra maestra. Amén de evitar cualquier lío, mejor dejar la responsabilidad a otra. "Será la carretera, el Tour resolverá las cosas y dirá quién es el jefe", adopta el director belga como escudo.

Pero lo cierto es que, hasta el momento, el rey del *chiriguito* es Armstrong. Él decidió que fuera Tenerife y el Hotel Las Madrigueras el lugar donde se hiciera la concentración la primera semana de diciembre. Le trae suerte. En una de sus *suites* se hospedó junto a su entonces novia, la cantante Sheryl Crow, hace cuatro años. Aquí comenzó la preparación para su último Tour. Este año se lo recomendó a Bruyneel. Han alquilado el recinto completo y lo han sellado al gusto del norteamericano. Ni siquiera los ciclistas pueden entrar sin enseñar su acreditación. En total 57 habitaciones, nueve de ellas *suites*, para las 60 personas que forman la comitiva. A razón de 315 euros por noche las más baratas. Los 26 ciclistas comparten habitación. Armstrong se guarda el privilegio de quedarse con una suite para él solo. Contador, por el contrario, duerme con Jesús Hernández, su único capricho para esta temporada. El madrileño buscaba un escudero y se acordó de su gran amigo. Bruyneel no dudó en concederle el deseo. "Esto es como jugar en el Madrid", confiesa impresionado el recién llegado.

Martes por la tarde. Es una tradición que el *training camp* de diciembre incluya actividades para fomentar la cohesión del grupo. Antes de pisar Tenerife, Armstrong propuso hacer surf. Dicho y hecho. Será



Lance Armstrong conversa con Johan Bruyneel después de practicar surf en la playa de Las Américas, en el sur de Tenerife. Foto: ASTANÁ



Alberto Contador conduce un kart en Tenerife. Foto: P. M.

su primer encuentro informal con sus compañeros. Llega al club K-16 y se sienta en un rincón del patio para seguir las instrucciones del monitor. No presta atención. Se camufla tras las gafas de sol y trastea con la PDA. Por despistado, le toca salir de *voluntario*. El mito es humano. Hace el tonto en una tabla encallada en la arena. Sin querer, rompe una barrera invisible con sus jóvenes compañeros. Ahora se pueden hacer bromas. Luego van al agua. Armstrong es el único que logra ponerse de pie en la tabla. Bruyneel observa la escena y hace fotos desde la arena.

No es el único que disfruta con el regreso del norteamericano. El asturiano Chechu Rubiera, escolta en sus últimos cinco Tours, pospuso su retirada cuando se ente-

A Bruyneel le piden hasta la saciedad que se decante por uno de ellos: ¿A qué hijo quiere más?

Unidos en un maillot amarillo

Carlos Gallardo no se cansa de subir los puertos de leyenda del Tour, el Giro y la Vuelta. Imaginarse recorriendo una y otra vez el Tourmalet, Alpe D' Huez o el Anglirú ha sido su manera de enfrentarse a un extraño cáncer que le consume desde hace tres años. Su familia se convirtió en la afición que anima al ciclista en cualquier cuneta. Los vaivenes de la enfermedad son más llevaderos cuando Carlos sueña con pedalear junto a sus ídolos. A finales de mes

cumple 33 y su hermano Miguel Ángel ha querido regalarle un maillot de líder del Tour dedicado por Alberto Contador y Lance Armstrong. Ambos accedieron encantados, pero cada uno fiel a su estilo. Mientras el madrileño le atendió personalmente, con el tejano fue más complicado. El maillot entró en el aparato burocrático Armstrong el jueves al mediodía a través de su director comercial y salió el viernes por la noche con una solitaria firma del campeón.

ró de que volvía. "Me encanta ver de nuevo todo lo que se forma a su alrededor, es bueno para el ciclismo", señala con nostalgia. Es un buen médico para hacer un diagnóstico de los cambios que ha experimentado el campeón en los últimos tres años. "Tiene más canas y los músculos de su tren superior han crecido mucho", advierte. "Su físico es una mezcla entre el casi culturista que era antes de tener cáncer y el corredor fino que ganó los Tours", describe. Sobre cómo va en la bicicleta, no tiene dudas: "Está como una moto". La misma muletilla que utiliza todo el que lo ha visto ascender los puertos tinerfeños.

A Contador y a Hernández no les apetece mojarse. Prefieren descansar. Las actividades no son obligatorias, pero el equipo "recomienda" participar. Aguardan expectantes la visita al *karting* del jueves. Pero Contador no aguanta el gusanillo y de extranjería reúne a la camarilla española para ir el miércoles. Al día siguiente, se nota la práctica. "No pierde ni a las chapas", vaticina uno de los fisios españoles. Contador no defrauda y se impone en la última curva al vasco Zubeldia. Todo el equipo enloquece cuando supera la meta. Pero no está Armstrong. Estaba prevista su asistencia, pero se ha quedado en el hotel.

Donde sí coinciden es en la carretera. Es viernes. Los campeones posan juntos y sonríen en la salida. Regresan al mediodía después de cuatro horas por interminables puertos de montaña. Armstrong, en plena forma, está exultante. Hasta 17 motos han grabado su exhibición —cinco siguieron la Vuelta a España—. Ha marcado el ritmo a chicos a los que saca una década. Contador llega exhausto. Su caída en el Criterium de Madrid y una operación en la nariz le han mantenido inactivo tres semanas. Entra sin mediar palabra en el hotel. Ha sufrido. No parece gustarle.

Coincidiendo con el 26 cumpleaños de Contador, Bruyneel ha reservado la ascensión al Teide. A pesar del cansancio, el equipo celebra el aniversario. Primero una tarta en la cena y luego una fiesta en un bar de Las Américas. La ansiada cohesión se empieza a notar y la celebración se alarga hasta las 3.00 de la madrugada. Falta Armstrong. Ha decidido que la noche del sábado es el mejor momento para reunirse con Bruyneel y planificar los próximos meses. Ya lo anunció el director, el tejano y el madrileño sólo se reencontrarán en el asfalto francés. Uno lucha contra la historia. El otro sólo quiere ganar su segundo Tour de Francia •